

# ¿Olivos y aceitunos? los partidos políticos colombianos y sus bases sociales en la primera mitad del siglo XX

Francisco Gutiérrez Sanín\*  
Juan Manuel Viatela\*\*  
Tatiana Acevedo\*\*\*

## RESUMEN

El texto busca desentrañar el problema de las diferencias potenciales entre los partidos tradicionales colombianos durante la primera mitad del siglo XX. Los autores sostienen que, en efecto, había diferencias sustanciales entre liberales y conservadores, aunque no precisamente las que los primeros analistas de La Violencia vieron. El artículo parte de una exhaustiva revisión de la literatura relevante, examina teorías endógenas y reconstruye la información de las elecciones colombianas entre 1922 y 1949. El resultado de este ejercicio sugiere que el sistema político colombiano, antes de la “gran convergencia” de la década de los sesenta, estaba construido sobre un conjunto de fracturas sociales reales, observables y “políticamente operacionales”.

*Palabras clave:* partidos políticos, sistema político, Colombia, violencia.

## OLIVE TREES AND OLIVES? THE COLOMBIAN POLITICAL PARTIES AND THEIR SOCIAL GROUNDS IN THE FIRST HALF OF THE TWENTIETH CENTURY SUMMARY

The text intends to figure out the issue about potential differences between the traditional political Colombian parties during the first half of the XX century. The authors argue that, indeed, there were substantial differences between Liberal and Conservative, although not exactly those the first analysts of The Violence determined. The article starts with an exhaustive revision of relevant literature, examines endogenous theories and reconstructs information of the Colombian elections between 1922 and 1949. The result of this task suggests that the Colombian political system, before the “great convergence” of the 60’s, was built on a number of real social fractures, observable and “politically operational.”

*Key words:* political parties, political system, Colombia, violence.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/08/2007

FECHA DE APROBACIÓN: 11/10/2007

\* Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

\*\* Antropólogo y estudiante de la maestría de Antropología de la Universidad de los Andes.

\*\*\* Politóloga y antropóloga, estudiante de la maestría de estudios políticos del Iepri.

## INTRODUCCIÓN

En relación con la compleja vida partidista colombiana del siglo XX, hay aún muchísimas preguntas sin contestar. Una de las principales es la siguiente: ¿en qué sentido se puede decir razonablemente que hubo diferencias entre los partidos liberal y conservador? En particular: ¿en qué sentido el bipartidismo colombiano expresaba fracturas socio-económicas?

Es bien posible que si se hiciera un sondeo, tanto entre la opinión en general como entre los iniciados (periodistas, estudiantes de carreras sociales, muchos académicos), la gran mayoría se inclinaría hacia la primera opción: eran idénticos. El viejo y respetable aforismo de don José María Vergara y Vergara (“olivos y aceitunos todos son unos”) ha hecho carrera, probablemente fortalecido de manera dramática por la experiencia del Frente Nacional. En la literatura especializada contemporánea la cosa es a otro precio, y contamos con un conjunto de conjeturas rico y bastante matizado. Aún así, las dudas básicas están sin resolver. Este artículo pretende contribuir al desentrañamiento del acertijo.

Tratar de hacerlo es interesante por varias razones. Primero, desde el simple punto de vista de la curiosidad intelectual resulta bastante apasionante. Desde el comienzo de nuestra vida republicana, el esfuerzo de diferenciación entre los partidos ocupó una gran centralidad (y más abajo ofreceremos una pequeña muestra de ello) –y a la vez rápidamente adquirió un carácter laberíntico y ambiguo. De la misma manera en que después de la institucionalización académica de las disciplinas sociales los estudiosos se han dividido alrededor de la materia, en períodos anteriores sucedió algo semejante. ¿Eran idénticos? ¿Eran insondablemente diferentes? El debate abierto sobre el tema atraviesa, empapa podría decirse, nuestro espacio público, y tiene momentos de gran riqueza. Segundo, sin hacerlo (sin resolver el acertijo) es difícil entender a cabalidad la trayectoria de nuestro sistema de partidos<sup>1</sup>. Según Stein Rokkan<sup>2</sup>, aunque dichos sistemas terminan estabilizándose, y sus protagonistas convergiendo al centro, están contruidos sobre un conjunto de múltiples fracturas sociales que a la vez expresan, así sea de manera oblicua. En Colombia en efecto se produjo una fuerte convergencia centrista durante el Frente Nacional<sup>3</sup>, ¿pero había algo antes? ¿Y en ese caso qué? Como dijimos arriba, es posible que la convicción mayoritaria –aunque de lejos no la única– sea que no había nada. Las fracturas sociales y las políticas no tuvieron ninguna relación o, en algún momento, la perdieron.

Esto, por supuesto, es crucial a la hora de interpretar a nuestra política. Si nuestro sistema político no estaba contruido sobre fracturas sociales, entonces el contraste entre la casi total *convergencia socio-económica* sobre la que estaría contruido el bipartidismo colombiano y la brutal conflictividad política que asoló al país desde finales de la década de los cuarenta hasta mediados de la del sesenta es chocante. En efecto, si son más o menos idénticos, ¿por qué se mataban con tanto entusiasmo? Esa pregunta original –en cierta forma, fundadora de nuestras ciencias sociales y nuestro periodismo– se ha repetido, en diversas formas, hasta hoy.

En tercer lugar, es difícil imaginar una comprensión razonable de la trayectoria futura de nuestro sistema político sin comprender bien su historia. Ciertamente, este fue uno de los supuestos explícitos de Duverger<sup>4</sup>, y contra las tendencias a-históricas de buena parte de la ciencia política contemporánea hay que decir que se mantiene vigente. El sistema colombiano se descongeló en 2002<sup>5</sup>, de modo que nos encontramos en otro mundo partidista, pero este ha heredado, como era inevitable, un conjunto de características y dinámicas del que lo precedió. Es posible que la comprensión del bipartidismo sea tanto más urgente cuando éste ya no está vigente.

<sup>1</sup> Otra manera de decirlo es que tiene un fuerte componente histórico, pero no es únicamente histórica.

<sup>2</sup> ROKKAN Stein, Flora Peter, Stein Kuhnle, Derek Urwin, *State Formation, Nation-Building and Mass Politics in Europe: The Theory of Stein Rokkan*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

<sup>3</sup> Y de ahí las diversas interpretaciones que afirman que los partidos tradicionales “olvidaron” sus principios.

<sup>4</sup> DUVERGER Maurice, *Les partis politiques*, Paris, Armand Colin, 1951.

<sup>5</sup> GUTIÉRREZ Francisco, “Estrenando sistema de partidos” en *Análisis Político*, 57, Mayo – Agosto, 2006, p. 106-125

Hay aún una cuarta arista fundamental, que ha planteado de manera notable Charles Bergquist<sup>6</sup>: ¿cómo explicar las bases sociales con las que contaron los tradicionales durante el largo período bipartidista? Sin duda, sólo entendiendo esto podemos explicar seriamente la ausencia de una fuerza de tipo socialista autónoma en el país. De manera un poco más general, muchos autores coincidirían en pensar que la *diferenciación* de los dos partidos tradicionales está íntimamente ligada a su *persistencia*. Argumentos como la existencia generalizada de prácticas clientelistas podrían sostenerse como condición *necesaria* para la reproducción de nuestro bipartidismo, pero no *suficiente*. Ciertamente, no han faltado aquellos que quieran ver en la división partidista el mecanismo consciente a través del cual el establecimiento logró incorporar al pueblo a la política tradicional. Pero este es un enunciado típicamente funcionalista (en el sentido peyorativo): las consecuencias explican la acción. Se trata de un tipo de análisis que está, con razón, completamente desacreditado. Pero si lo rechazamos entonces surgen nuevas preguntas: ¿por qué el pueblo quiso actuar en una política que no era la suya? ¿O sí lo era? Estas cuestiones se encuentran tanto en los debates sobre el siglo XIX como en los del XX. Pero difícilmente se pueden resolver sin conocer las fracturas sobre las que estaba construido el sistema<sup>7</sup>.

En síntesis, desentrañar el problema de las diferencias (potenciales) entre los partidos tradicionales colombianos tiene importancia en sí, pero además determina el tipo de preguntas características que se le hacen no sólo al sistema político, sino a los conflictos violentos que han marcado al país en las últimas décadas. Aquí sostendremos que en efecto había diferencias sustanciales entre liberales y conservadores, aunque no precisamente las que los primeros analistas de la Violencia vieron.

El texto está organizado de la siguiente manera. La primera parte hace una revisión de buena parte de la literatura relevante. En últimas, el problema que tenemos enfrente es típicamente clasificatorio: quién pertenece a cuál categoría. Hacemos el escrutinio de cuáles han sido los criterios de convergencia o divergencia utilizados por diversos autores. Seguramente aquí habrá varias omisiones e injusticias, pero la idea es ofrecer un panorama general para extraer por un lado los argumentos claves, y por otro los potenciales criterios operacionales que usaremos en la parte propiamente analítica. En seguida damos un salto hacia atrás, para examinar las teorías endógenas<sup>8</sup> que tenían algunos de los principales agentes políticos sobre el problema en el período que es nuestro foco de atención. Encontramos una paleta extremadamente rica de puntos de vista, que: a) dan al investigador actual pistas sobre lo que podría haber ocurrido<sup>9</sup>; y b) lo previenen contra el peligro del anacronismo. La tercera sección, el núcleo del análisis, está dedicada a la identificación de las fracturas sobre las que operaba el bipartidismo colombiano. Se apoya en un meticuloso trabajo en el curso del cual se reconstruyeron y digitalizaron todas las elecciones habidas en el país entre 1922 y 1949, se digitalizaron y ordenaron dos censos (1918 y 1938), y se reconstruyó cuidadosamente el contexto en el cual se desarrollaron los torneos electorales entre los partidos. Con base en él, se presenta un ejercicio estadístico<sup>10</sup>. Este, en su sencillez, tiene la ventaja de ser pensado para que tuviera validez incluso descontando los serios problemas informacionales que existen para el período<sup>11</sup>.

El resultado es claro: sugiere que en efecto el sistema político colombiano antes de la “gran convergencia” de la década de los sesenta estaba construido sobre un conjunto de fracturas sociales reales,

<sup>6</sup> BERGQUIST Charles, “En búsqueda de lo popular en la Guerra de los Mil Días”, en *Análisis Político*, 52, Septiembre – Diciembre, 2004, p. 77-89.

<sup>7</sup> Ver por ejemplo COLMENARES Germán, *Partidos Políticos y Clases Sociales*, Bogotá, Uniandes, 1968; GUTIÉRREZ Francisco, *Curso y discurso del movimiento plebeyo*, Bogotá, Ancora, 1995; SANDERS James, *Contentious Republicans: Popular Politics, Race and Class in Nineteenth-Century Colombia*, Durham, Duke University Press, 2004.

<sup>8</sup> Es decir, las teorías sobre la política de los políticos.

<sup>9</sup> Junto con la prevención crítica, siempre es bueno tomar en serio a los actores en su período.

<sup>10</sup> GUTIÉRREZ Francisco, “¿Lo que el viento se llevó? Política tradicional y democracia en Colombia”, Norma, en prensa, sugiere que incluso después del Frente Nacional se mantuvieron algunas diferencias reales en las prácticas y las ideas de los partidos. Esto, sin embargo, no necesariamente significaría que las bases sociales de ambos partidos fueran distintas, lo que en cambio sí se aplica, según sostenemos aquí, al período anterior a la Violencia.

<sup>11</sup> En el anexo 1 se presenta la información detallada de cómo se recolectó y organizó esta información.

observables y “políticamente operacionales” (es decir, que constituían herramientas para los actores políticos a ambos lados de la barricada). El “núcleo” del liberalismo era más urbano, más negro, y más caliente —ya discutiremos lo que significa esto, que tomamos de una hipótesis de González<sup>12</sup>-- que el conservador. Esto no significa necesariamente que los liberales “representaran” los intereses urbanos<sup>13</sup>, sino que los pobladores de los municipios más urbanizados tenían una probabilidad más alta de votar liberal. Si la afirmación “representar los intereses” ha de tener sentido, este debe estar relacionado con la comprensión de mecanismos políticos y de agregación de preferencias, y por lo tanto debería estar sustentado con una clase de métodos distinta a los que utilizamos aquí. Que a partir de estos se concluya que en efecto el partido liberal era más afín a los intereses urbanos que el conservador es un debate distinto al de las *bases sociales del bipartidismo*, que es nuestro foco de atención. La cuestión de los intereses, en todo caso, seguramente se resiste a un ataque directo. En efecto, como resulta de la celebrada obra de Pécaut<sup>14</sup>, también en Colombia los políticos tienen preferencias adaptativas: hacen lo que pueden, no lo que quieren, y terminan queriendo lo que pueden. Pero separar la cuestión de los intereses de la más tratable de las fracturas sociales sobre las que estaba construido el sistema parece ofrecer buenos réditos, y dar respuesta a preguntas que parecían intratables. En las conclusiones discutimos el tema de las fracturas y sus posibles interpretaciones.

### EL PROBLEMA CLASIFICATORIO

La pregunta —la perplejidad, casi que podría decirse— sobre la diferencia entre las dos grandes agrupaciones tradicionales ha captado la atención tanto de los estudiosos del siglo XIX como del siglo XX colombianos. Es curioso que de alguna manera los decimonónicos hayan anticipado a sus pares con intereses más contemporáneos tanto en los planteamientos fundamentales como en la evolución que adquirió finalmente el debate.

[6]

El libro ya clásico de Germán Colmenares<sup>15</sup> sobre la revolución de medio siglo planteaba que los radicales expresaban los intereses de la burguesía, mientras que los draconianos (la otra fracción liberal) y los conservadores los intereses agrarios. Colmenares se concentra en las ideas de cada una de las fuerzas que evalúa, así como en las narrativas que encuentra en los archivos sobre sus bases sociales. Después vinieron trabajos con una perspectiva más matizada. El escepticismo sobre conclusiones como las de Colmenares se expresó cada vez con más fuerza: ¿era posible aplicar un análisis de clase a un nivel de desarrollo tan incipiente como el de la Colombia del siglo XIX?<sup>16</sup> Metodológicamente, estos trabajos introducen un matiz: su foco son las *dirigencias* de los partidos, y lo que resulta es que tanto por su extracción de clase como por sus conexiones eran básicamente idénticas. El periplo fue culminado por el estupendo libro de Sanders<sup>17</sup>, que plantea que en efecto existían diferencias, que aunque seguramente no se pueden expresar en términos de clase sí eran relevantes. Un aspecto particularmente interesante del texto de Sanders<sup>18</sup> es que examina la pregunta desde ambos puntos de vista: ¿en qué se parecían y en qué se diferenciaban los tradicionales?. Propone que ambos expresaban variantes del republicanismo. Los liberales lograron hacerse fuertes entre los negros, mientras que los conservadores obtuvieron el apoyo de los pequeños cultivadores de matriz antioqueña y sectores indígenas. A la larga, advierte Sanders<sup>19</sup>, el apoyo indígena a los conservadores terminó debilitándose.

<sup>12</sup> GONZÁLEZ Fernán, “Reflexiones sobre las relaciones entre identidad nacional, bipartidismos e Iglesia Católica”, en *Para Leer la Política. Tomo 2*. Bogotá, CINEP, 1997, p. 209-230

<sup>13</sup> Entre otras cosas habría que abrir la caja negra de lo que significa esta expresión.

<sup>14</sup> PECAULT Daniel, *Orden y violencia: Colombia, 1930 y 1953*, México, Siglo XXI, 1987.

<sup>15</sup> COLMENARES, 1968, *ob. cit.*

<sup>16</sup> SAFFORD Frank, “Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del Siglo XIX: Variaciones sobre un tema” En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 13-14, 1985-1986, p. 91-151

<sup>17</sup> SANDERS, 2004, *ob. cit.*

<sup>18</sup> *Idem.*

<sup>19</sup> *Idem.*

La discusión sobre el siglo XX traza una parábola parecida, pero con varias especificidades. Ante todo, la Violencia es un foco de atención absorbente. Si tenemos vacíos de conocimiento sobre su antecedente inmediato, la República Liberal, nuestra incompreensión de la Hegemonía Conservadora es notable. Una y otra experiencia se han tendido a ver como preámbulos a la Violencia, y no como períodos relativamente auto-contenidos, con su propia dinámica. Más aún, paradójicamente incluso para la propia Violencia, con algunas notables excepciones<sup>20</sup> los partidos como objeto de estudio han sido los grandes ausentes. Aún así, la pregunta por la diferencia ha aparecido reiteradamente. Seguramente quien primero lo planteó con toda su fuerza fue Francisco Posada en su obra *Colombia: Violencia y Subdesarrollo*<sup>21</sup>. Posada trató de demostrar que la República Liberal se constituyó como una tentativa de revolución burguesa que intentó poner de acuerdo a las formas democráticas de gobierno con las estructuras socioeconómicas del país. Sin embargo, la burguesía colombiana nunca logró la fuerza suficiente para completar las reformas deseadas y sucumbió ante el “coletazo reaccionario” de los sectores feudales representados por el partido conservador. Este era un ciclo más de un conflicto sin resolver que se basó, según Posada, en “la casi crónica debilidad de las fuerzas burguesas... éstas han sido incapaces de imponer cambios decisivos y durables en los diversos órdenes, asegurar su predominio e impedir la contrarrevolución”<sup>22</sup>.

El argumento de Posada, fue desarrollado por varios analistas de La Violencia en Colombia. Pierre Gilhodes<sup>23</sup> en su estudio sobre las luchas campesinas estableció diferencias entre los dos partidos tradicionales a partir del tipo de alianzas que éstos suscribieron con diferentes sectores sociales. Según el autor aunque la industria nacional y el comercio apoyaron en igual medida a los gobiernos liberales y conservadores, la diferencia surgió como consecuencia de la poderosa alianza entre éstos últimos y el sector latifundista colombiano que intentó mantener las estructuras semif feudales y coloniales de la tenencia de la tierra y de la producción agrícola. Diego Montaña Cuellar<sup>24</sup> afirmó que mientras que “La Revolución en Marcha” –como empresa de cultura y civilización base de un movimiento nacionalista- expresaba el ascenso de la burguesía y el capitalismo nacional, la victoria electoral del partido conservador en 1946 significó un esfuerzo reaccionario por reestablecer el carácter latifundista del régimen conservador y, al mismo tiempo, eliminar físicamente cualquier intento de oposición. Jorge Gaitán Durán<sup>25</sup>, aunque estableció el carácter policlasista de los partidos tradicionales en Colombia, indicó que dentro del partido liberal predominaron las masas urbanas y las élites industriales y financieras -bases de una posible revolución burguesa-, mientras que el partido conservador se constituyó como canal de expresión política de los intereses de los industriales y de los grandes terratenientes. Finalmente, Orlando Fals Borda<sup>26</sup> vio en su momento a La Violencia como un enfrentamiento entre la tradición señorial/burguesa –encabezada por el partido conservador- y las fuerzas revolucionarias que durante la época de la “Revolución en Marcha” fue abanderada por el partido liberal. Contrariamente a lo que podría creerse, esta tradición intelectual no ha desaparecido<sup>27</sup>.

Como sucedió para el siglo XIX, este intento de interpretación marxista fue confrontado por estudiosos que se preocuparon por desnudar sus falencias empíricas. Christopher Abel<sup>28</sup> -en una argumentación que cubre ambos siglos- cuestiona la imagen que representa a los liberales como un partido de comerciantes, profesionales urbanos, artesanos y campesinos independientes y al partido conservador

<sup>20</sup> Ver ORTIZ Carlos Miguel, *Estado y Subversión en Colombia: La Violencia en el Quindío años 50*, Bogotá, Uniandes, CIDER, 1985.

<sup>21</sup> POSADA Francisco, *Colombia: Violencia y Subdesarrollo*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969.

<sup>22</sup> *Idem*, p. 167-168.

<sup>23</sup> GILHODES, Pierre, *Luchas Agrarias en Colombia*, Bogotá, Editorial La Carreta, 1975

<sup>24</sup> MONTAÑA CUELLAR, Diego, *Colombia País Formal y País Real*, Buenos Aires, Editorial Platina, 1963.

<sup>25</sup> GAITÁN DURÁN, Jorge, *La Revolución Invisible: Apuntes Sobre la Crisis y el Desarrollo de Colombia*, Bogotá, Tierra Firme, 1959.

<sup>26</sup> FALS BORDA Orlando, *La Subversión en Colombia. El Cambio Social en la Historia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1967.

<sup>27</sup> Véase por ejemplo la hagiografía de López Pumarejo por Tirado. TIRADO MEJIA Alvaro, *Aspectos políticos del Primer Gobierno de Alfonso López Pumarejo 1934-1938*, Bogotá, Procultura 1981.

<sup>28</sup> ABEL Christopher, *Política, Iglesia y Partidos en Colombia*, Bogotá, FAES – Universidad Nacional de Colombia, 1987



integrado por latifundistas e industriales incipientes. Por el contrario, intenta difuminar esas líneas de separación para sostener que durante el siglo XX los partidos políticos dejaron de reflejar profundas hendiduras sociales y económicas y ambos buscaron asegurar una mayoría electoral tanto en las zonas rurales como en las zonas urbanas. Sin embargo –a pesar de la aparente indiferenciación–, la dinámica partidista interna se desarrolló a partir de la confrontación de facciones radicales que buscaban unos las soluciones armadas, y otros el desarrollo de una política civil. Los primeros se caracterizaban por una mayor dependencia económica del Estado. Contrariamente a otras muchas, la argumentación de Abel<sup>29</sup> tiene la virtud de tratar de explicar simultáneamente la diferenciación de los partidos, y su fraccionamiento interno. Nótese que en términos metodológicos intenta resolver el problema clasificatorio así: a) el foco de atención son los equipos dirigentes (indiferenciados, de clase alta); b) la definición de un mecanismo básico: los partidos competían por el control del Estado. Los sectores de clase alta que necesitaban de él para su subsistencia y reproducción se volvieron radicales; los otros, moderados.

Es, naturalmente, un punto de vista análogo al que propuso Oquist<sup>30</sup>. El control del gobierno central llegó a ser esencial para conservadores y liberales porque, de acuerdo con las reglas tradicionales del juego, cualquier partido que estuviera en el poder excluía al otro debido al clientelismo político y económico. La concentración del poder en el Estado intensificó las tensiones partidistas entre las elites hasta el punto que explotó una guerra abierta, precipitando un “derrumbe parcial” del Estado. Se puede dar un paso adelante en esta dirección, manteniendo la estructura argumental básica pero negando que hubiera cualquier diferencia entre los dos partidos tradicionales. La forma más radical de expresar esto es que los tradicionales –cualesquiera que fuera su denominación– representaban a la oligarquía, enfrentada al pueblo inerme y sin capacidad de representación política. Fernán Guillen Martínez<sup>31</sup> aseguró –en su examen sobre las formas de asociación política en Colombia– que desde su nacimiento los partidos políticos colombianos se caracterizaron por la inexistencia de diferencias ideológicas en temas socio-económicos y por la recurrente alianza de las élites partidarias luego de períodos abiertos de violencia física. En este sentido, los partidos políticos durante la década del cincuenta se encontraban en una situación en la cual “los dirigentes liberales y conservadores no parecían en absoluto divididos en cuanto a sus opiniones sociales y económicas”<sup>32</sup>. Más allá de la ecuación ideológica propuesta por Guillén Martínez, Camilo Torres<sup>33</sup> y Alonso Moncada<sup>34</sup> sostuvieron que los partidos colombianos eran idénticos por cuanto ambos tenían como propósito fundamental conservar las estructuras vigentes, brindarle seguridad a la élite política y conseguir una parte del botín burocrático colombiano. La obra de Vernon Lee Fluharty<sup>35</sup> describe a la política colombiana a partir de una contradicción fundamental: mientras que las masas sufren de una “marca de Caín” que les asigna una afiliación partidista de por vida y los conmina al enfrentamiento directo contra el enemigo político, para las clases altas las denominaciones de partido no son importantes y por el contrario han servido de señuelo para ocultar su acuerdo fundamental frente a sus objetivos económicos y sociales. En síntesis, según Fluharty “el hecho es que hay muy poca diferencia entre el liberal de clase alta y su contraparte conservadora”<sup>36</sup>.

En una vena análoga, el trabajo más contemporáneo de Perea<sup>37</sup> ha denunciado que los historiadores han quedado presos de una interpretación liberalizante de la historia, que retrata unilateralmente

<sup>29</sup> *Idem.*

<sup>30</sup> OQUIST Paul, *Violencia, Conflicto y Política en Colombia*, Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos – Banco de la República, 1979.

<sup>31</sup> GUILLÉN MARTÍNEZ Fernán, *El Poder: Los Modelos Estructurales del Poder Político en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia – Centro de Investigaciones para el Desarrollo, 1973

<sup>32</sup> *Idem*, p. 260.

<sup>33</sup> TORRES Camilo, “La Violencia y los Cambios Socioculturales en las Áreas Rurales Colombianas”, *Memoria del Primero Congreso Nacional de Sociología*, Bogotá, Editorial Iqueima, p. 95-152.

<sup>34</sup> MONCADA Alonso, *Un Aspecto de la Violencia*, Bogotá, Promotora Colombiana de Ediciones y Revistas, 1963.

<sup>35</sup> FLUHARTY, Vernon Lee, *La Danza de los Millones: Régimen Militar y Revolución Social en Colombia, 1930-1956*, Tercera Edición, Bogotá, Ancora Editores, 1981 (1957).

<sup>36</sup> *Idem*, p. 270.

<sup>37</sup> PEREA, Carlos Mario, *Porque la Sangre es Espíritu: Imaginario y Discurso Político en las Elites Capitalinas (1942-1949)*, Bogotá, IEPRI – Aguilar, 1996.

a los conservadores como el sector más violento. En realidad, en sus operadores discursivos los dos partidos –incluyendo a sus fracciones más radicales– eran básicamente idénticos: propugnaban por la exclusión y la eliminación del otro. Si Perea de alguna manera se interesa por la poesía del conflicto político, Mary Roldán<sup>38</sup> se deja encandilar por su prosa. En una serie de textos de gran calidad, resalta el contenido localista de nuestras pugnas sociales, y sugiere que la práctica de los más variados directorios (por ejemplo, los gaitanistas) era básicamente indiferenciada.

¿Burguesía nacionalista contra terratenientes reaccionarios, o monstruo de dos cabezas? Ni lo uno ni lo otro, dice aún una tercera vertiente. Esta, diríamos, se divide a su vez en “minimalistas” y “maximalistas”, un poco como en el relato de Gulliver los sabios de Lilliput y Blefuscu discutían por dónde había que partir el huevo<sup>39</sup>. Los minimalistas creen que las diferencias en principio eran bastante oblicuas, y terminaron siendo absorbidas por una política crecientemente auto-referenciada. Daniel Pecaú<sup>40</sup> sugiere que existían lo que podríamos llamar diferencias difuminadas en las bases sociales de ambos partidos: los liberales estaban más vinculados a las masas urbanas mientras que el partido conservador era más fuerte en el sector agrario<sup>41</sup>, pero sin embargo ambos estaban arraigados en todos los grupos sociales. Con todo, las élites de las dos colectividades convergieron, a partir de 1943, hacia un acuerdo para frenar las reformas económicas y sociales establecidas dentro de la República Liberal y para promover un retorno a los modelos de no regulación en ambas esferas<sup>42</sup>. En una descripción impresionista, McDonald<sup>43</sup> plantea otra variante del minimalismo: En Colombia no existen diferencias ideológicas entre los partidos políticos colombianos. Aunque históricamente el partido liberal se identificó con los intereses comerciales urbanos y los conservadores con los sectores rurales, en la actualidad cuentan con la misma audiencia en zonas rurales y zonas urbanas. Para el autor, la identificación política en Colombia se ha construido exclusivamente a partir de un sistema jerárquico en el cual los campesinos adoptan –de manera irracional– la filiación partidista de su “patrón” generando altos grados de diferenciación política entre un municipio y otro. Aún otra versión es presentada por Martz<sup>44</sup>: debajo del bipartidismo no había ninguna fractura social –ambos partidos son esencialmente oligárquicos–, pero aún así los partidos estaban guiados por ideologías diferentes.

Los maximalistas han puesto más énfasis tanto en la magnitud de la diferencia entre los partidos como en la importancia de sus consecuencias políticas. Robert H. Dix<sup>45</sup>, por ejemplo, sostuvo que las bases sociales de ambos partidos eran diferentes. A partir de un ejercicio cuantitativo –en el cual analizó los resultados de las elecciones presidenciales desde 1918 hasta 1962<sup>46</sup>–, llegó a la conclusión que los departamentos donde priman las actividades comerciales, industriales y mineras y los nuevos departamentos, escasamente poblados, y alejados de las estructuras sociales cuasifeudales se identifican políticamente con el partido liberal. Por el contrario, los departamentos conservadores son aquellos que mantienen formas tradicionales de agricultura<sup>47</sup>. Por otra parte, mediante un análisis de los resultados de las elecciones senatoriales de 1962<sup>48</sup>, llegó a la conclusión que en definitiva las diferencias

<sup>38</sup> ROLDAN Mary, “Guerrillas, contrachusma y caudillos durante la violencia en Antioquia 1949-1953” en *Estudios Sociales*, 1(4), marzo de 1989, p. 57-85; *A Sangre y Fuego: La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*, Bogotá, ICANH, 2003.

<sup>39</sup> Sí, pero si en política estas discusiones pueden parecer exasperantes, en las disciplinas académicas son a veces necesarias.

<sup>40</sup> PECAUT Daniel, *Política y Sindicalismo en Colombia*, Bogotá, Ediciones La Carreta, 1963.

<sup>41</sup> Es importante resaltar que para Pecaú ambos partidos contaban con la misma audiencia entre los pequeños caficultores.

<sup>42</sup> PECAUT, 1987, *ob. cit.*

<sup>43</sup> MCDONALD Ronald, *Party Systems and Elections in Latin America*, Chicago, Markham Publishing Company, 1971.

<sup>44</sup> MARTZ John D., *Colombia: Un Estudio de Política Contemporánea*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969.

<sup>45</sup> DIX Robert Heller, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, New Haven, Yale University Press, 1967.

<sup>46</sup> Técnicamente, se trata de un trabajo bastante incipiente. De hecho, Dix ni siquiera cuenta al lector cómo analizó sus datos ni cómo los recolectó. Como se verá abajo, no son temas fáciles de resolver.

<sup>47</sup> Sin embargo, Dix establece como excepciones a la regla dos grupos diferentes de departamentos: En primer lugar, aunque Antioquia y Caldas por sus condiciones sociodemográficas deberían ser liberales, son conservadores; en segundo lugar, Boyacá, Santander y Norte de Santander presentan fluctuaciones importantes en su adscripción partidista, las cuales son atribuidas por el autor a la coerción y al fraude electoral ejercidos por el partido de gobierno.

<sup>48</sup> DIX, 1967, *ob. cit.* p. 244.

entre los partidos políticos en Colombia deben ser entendida en términos de niveles de urbanización y tamaño de las ciudades y los municipios –entre más grande sea la ciudad mas probabilidad tiene de ser liberal-<sup>49</sup>.

Con la traumática experiencia consociacional que vivió el país entre 1958 y 1974, y el creciente desprestigio del bipartidismo, los maximalistas no tuvieron un ambiente muy propicio. Sin embargo, las cosas parecen haber ido cambiando. En fecha relativamente reciente Palacios afirmó que “el debate sobre qué fuerzas sociales han representado estos dos partidos históricos colombianos no está del todo cerrado”<sup>50</sup>. La pregunta era sintomática: el maximalismo estaba teniendo un segundo aire. El punto de vista adoptado por él es sencillo de sintetizar: las diferencias entre los partidos son profundas y persistentes, pero no clasistas. Para Fernán González<sup>51</sup>, la presencia desigual de la Iglesia en el territorio colombiano ha sido una de las causas de la alta diferenciación en las identidades políticas regionales. Así, el Partido Conservador encontró su nicho social en las zonas de mayor densidad demográfica y de mayor jerarquización social –los altiplanos de Cundinamarca, Boyacá y Nariño- mientras que el Partido Liberal se estableció en las zonas donde la Iglesia se encontraba ausente –tierra caliente o zonas de vertiente-, cuya población vivía *Sin Dios Ni Ley* y eran considerados enemigos de la sociedad. Así mismo, los partidos expresaban, no siempre de manera rectilínea, tensiones étnicas. Aquí nos topamos de nuevo con un tema decimonónico bastante transparente: ¿cuál era la relación entre los hacendatarios que se transformaban en generales en los períodos de guerra civil, y los peones condenados a fungir como soldados? Es frecuente ver una narrativa en que los últimos carecen de agencia, y son conducidos pasivamente al matadero por los ricos rurales. González<sup>52</sup> da un giro al argumento: la población rural encontraba su adscripción política a partir de la filiación de su hacendado; pero también se lograba la adscripción partidista por oposición al antiguo dueño de la hacienda. De esta manera, los esclavos fugados, cimarrones o libertos, se alineaban con el partido opuesto al del antiguo amo. Renán Silva<sup>53</sup> presenta otra perspectiva maximalista, más concentrada en las ideas que en las bases sociales de la competencia política. En su valioso estudio sobre la República Liberal, llega a la conclusión de que uno de los puntos principales de diferenciación entre liberales y conservadores fue la forma en que éstos se plantearon el problema de la relación entre las clases dirigentes y las “masas populares”. Silva<sup>54</sup> cita como ejemplo de esta situación la confrontación ideológica entre Alfonso López y Laureano Gómez. Mientras que el primero reivindicaba la confianza en el pueblo, el segundo enfatizaba la imposibilidad psico-racial que tenía el colombiano para cumplir con un proceso de modernización óptimo.

## UN JUEGO DE ESPEJOS

Esta última referencia sugiere que hay un vacío que llenar. Los analistas rara vez han sido conscientes del hecho de que los debates académicos actuales reproducen las grandes líneas de fractura que aparecieron en el debate público en el período bajo estudio. Por ejemplo, a menudo se critica a las interpretaciones históricas rivales el haber quedado presas de la visión liberal de la historia, sin caer en cuenta de que en el período analizado había *muchas* versiones liberales y conservadoras, a menudo

<sup>49</sup> En este ejercicio cuantitativo Dix segmentó los datos electorales de acuerdo con la votación obtenida en cada municipio de la siguiente manera: Más de 25.000; entre 25.000 y 10.000; y entre 10.000 y 5.000. Los resultados son contundentes: En el primer segmento todas las ciudades votaron liberal; en el segundo aun predomina la votación liberal en un radio de 16 a 4; en el último 37 municipios votaron liberal y 32 conservador.

<sup>50</sup> PALACIOS Marcos, “Apuntaciones históricas sobre ciudadanía y gobernabilidad en Colombia”, en *Parábola del Liberalismo*, Bogotá, Norma, 1999, p. 237-284.

<sup>51</sup> GONZÁLEZ, 1997, *ob. cit.*

<sup>52</sup> GONZÁLEZ Fernán, “Poblamiento y conflicto social en la historia colombiana”, en *Para Leer la Política. Tomo I*. Bogotá, CINEP, 1997, p. 71-94.

<sup>53</sup> SILVA Renán, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta Histórica, 2005.

<sup>54</sup> *Idem.* p. 23.



compitiendo ferozmente entre sí por la supremacía dentro de cada partido. Ciertamente, ya en 1910 la intuición de que las dos grandes fuerzas históricas habían llegado a una convergencia plena, por lo que las convulsiones del pasado no se justificaban, no podía ser considerada una novedad y constituyó no sólo una inspiración directa para la fundación del partido republicano sino también una herramienta en las luchas faccionales tradicionales, sobre todo del liberalismo. En la otra dirección, el republicanismo a veces afirmó que los partidos sí eran diferentes (“monstruosamente” diferentes) y que por eso había que acabarlos: impedían alcanzar la unidad nacional. Su propuesta de terminar con el bipartidismo tenía motivos altruistas: “¿[la hacemos] Por el sólo deseo de destruir? ¿Por el único placer sádico de oír chorrear la sangre? En modo alguno: para preparar sobre las ruinas de esas organizaciones caducas y monstruosas, corrientes políticas homogéneas, asentadas sobre la realidad y enderezadas al progreso común”<sup>55</sup>. Así mismo, durante un cierto lapso el gaitanismo coqueteó con la idea de que las dos agrupaciones tradicionales eran idénticas, tanto en su programa como en su composición; pero también lo hicieron muchos moderados y centristas, que veían como un hecho afortunado —y una manera de desactivar potenciales violencias— la convergencia al centro. También apareció la interpretación de clase —no debe olvidarse que algunos liberales, agrupados alrededor de la revista *Acción Liberal* se habían dedicado a hacer análisis expresamente marxistas de la realidad colombiana<sup>56</sup>— y la que argumentaba que en efecto la competencia entre los partidos estaba “parada” sobre una fractura social tangible, que sin embargo no era de clase.

Naturalmente, el debate entonces como hoy se complicaba bastante por varias razones. Primero, de manera obvia, los dos partidos eran agrupaciones explícitamente policlasistas; no sólo tenían miembros provenientes de todas las capas de la sociedad —lo cual es probablemente inevitable en cualquier agrupación política— sino que decían representar intereses que desde un punto de vista de clase resultarían antagónicos. Seguramente el liberalismo sea en este particular el caso más difícil, puesto que además de incorporar una constelación bastante heterogénea de organizaciones —que iban de sectores obreros a fuerzas agrarias— reconocía más o menos rutinariamente tener línea derecha, de centro e izquierda. Los políticos prácticos del partido rojo entendían bastante claramente que esta forma de cubrir el espectro político tenía un gran valor instrumental<sup>57</sup>. Por ejemplo, en una carta a Carlos Lleras, un dirigente caleño se quejaba del predominio de una sola tendencia en su directorio, y observaba que había que vigorizarlo “por el lado del liberalismo de centro, por decirlo así”<sup>58</sup>. “Se necesitan la vanguardia, la retaguardia y el centro. Las tres fuerzas se complementan. En un Directorio el centro y el ala derecha del liberalismo son los que sufragan los gastos. Si estas fuerzas no están representadas, no hay fondo liberal para hacer una verdadera organización”<sup>59</sup>. En esta extraña división del trabajo, la derecha y el centro pondrían la plata, y la izquierda (“la vanguardia”) los votos; es de suponer que la orientación sería decidida por medio de un pulso cotidiano.

Segundo, junto con la muy publicitada segmentación de la población en compartimientos estancos gracias a identidades heredadas, había dinámicas sociales que mezclaban a las poblaciones de ambos partidos; por ejemplo, matrimonios cruzados. Este factor debió de tener impactos de alguna significación. Varias personalidades, azules y rojas, advierten en sendos recuentos autobiográficos que tuvieron

<sup>55</sup> “Píldoras amargas”, en *El Diario Nacional*, 9 de abril de 1923, p. 2

<sup>56</sup> No se trataba de personajes marginales o comparsas. Véase un listado muy incompleto de colaboradores de la revista: Germán Arciniegas, Darío Echandía, José Mar, Alejandro Vallejo, Juan Lozano y Lozano, Abelardo Forero Benavides, Eduardo Zalamea Borda, Gerardo Molina. El matiz de la publicación se reflejaba en títulos de artículos como: ZABALA, Clemente Manuel, “13 afirmaciones de izquierda hechas”, en *Acción Liberal*, 11, diciembre de 1933, p. 359-361; GALINDO Alberto, “Nos arrastran hacia la izquierda”, en *Acción Liberal*, 12, enero de 1934, p. 417-419; “La Revolución Mejicana y Alfonso López”, en *Acción Liberal*, 18, julio de 1934, p. 759-762.

<sup>57</sup> De hecho, fue algo que constituyó una ventaja clave en la competencia post-violencia, de fuerzas agárralo-todo.

<sup>58</sup> *Carta de Rubén Orozco Micolta a Carlos Lleras Restrepo*. 15 de marzo de 1949. Biblioteca Luís Angel Arango, Archivo Carlos Lleras Restrepo, Fondo II, Partido Liberal, Folio 765.

<sup>59</sup> *Idem*. F. 765.

parientes del partido adversario en su familia nuclear<sup>60</sup>. Es razonable conjeturar que se trataba de un fenómeno bastante extendido; ninguno de los escritores que recuerda haber nacido en un matrimonio cruzado sugiere que se hubiera tratado de una práctica excepcional, o que sus padres estuvieran rompiendo un tabú. Si esto es cierto, necesariamente habría generado un alto grado de homogenización socio-económica entre los dos adversarios, a menos de que uno de ellos hubiera adquirido un predominio tal que hubiera arrinconado al otro en un nicho social específico cosa que, como sabemos, no llegó a ocurrir. En tercer lugar, incluso en su estado puro la segmentación, esto es, la existencia de lealtades con base puramente territorial, genera problemas al analista. En la literatura política de la primera mitad del siglo XX se observa con frecuencia, pero casi siempre con asombro, cómo pueblos vecinos y aparentemente idénticos se encuentran apasionadamente separados por sus preferencias políticas; uno es aplastantemente azul, otro abrumadoramente rojo<sup>61</sup>. Esto deteriora cualquier fractura nacional de clase. Por último, desde muy temprano se denuncia que las prácticas clientelistas han producido una suerte de igualación por lo bajo, a través de la cual los dos partidos renuncian a sus ideologías y programas y apelan a la misma masa indiferenciada con los mismos métodos y rutinas<sup>62</sup>. Desde el comienzo, se ha identificado al clientelismo como al gran homogenizador.

Pese a esas dificultades, se puede afirmar, con todas las reservas del caso, que lo que podríamos llamar la “consciencia oficial” —o simplemente la posición estándar, mayoritaria— de cada partido tenía su propia interpretación de las diferencias sociales entre liberales y azules; y que había entre ellas un área de intersección no deleznable. El tema es apasionante y rebasa con mucho los límites de este texto; nos concentramos aquí en cinco grandes temas que hacen parte del núcleo de tal intersección.

Primero, al tenor de lo planteado por Silva<sup>63</sup> la noción de “pueblo” dividía bastante nítidamente a los partidos. Por ejemplo, Lleras —formado en la vertiente santista, nada radical— en su carta de renuncia a la Dirección Nacional Liberal, al reflexionar sobre la trayectoria de Gaitán, decía que su [de Gaitán] última lucha por la unidad del partido correspondía:

*a la ley histórica que al través de los años ha venido gobernando la dinámica del liberalismo colombiano: La de que periódicamente las pugnas intestinas que son fruto de transitorios choques de opiniones se resuelven en síntesis afortunada, que mantiene la unidad esencial de la colectividad, acentuando en cada etapa los rasgos tradicionales del partido que han hecho siempre de él el personero de las reivindicaciones populares y de la progresiva evolución hacia la justicia social, sin comunicarle jamás el carácter de un partido de clase*<sup>64</sup>.

Pero la discusión sobre el papel del pueblo en el sistema político se encuentra tratado de manera más interesante en otros documentos. En 1944 el semanario *Sábado* pidió a líderes de ambas colectividades que explicaran por qué pertenecían a ellas. Son documentos de un extraordinario valor. El liberal Carlos Lozano —un centrista con mentalidad de clase alta— resumía el asunto así:

*El conservatismo es forzosamente, una democracia recortada (...) una fácil travesura que me ha permitido a través de los años identificar a cualquier conservador desconocido, sin preguntarle su filiación política, es la de llevar el análisis a la cuestión de la muchedumbre. El conservador habla de la plebe o de la chusma. Si es vehemente, de la canalla. La plebe no puede tener razón. Es ignorante, bárbara, estúpida. Su sola presencia es el motín (...) el conservador me ha dicho siempre que alguna vez hizo la experiencia de darle unos zapatos nuevos a un peón, y que el peón hubo de quitárselos porque le dolían los pies. ¿Para que darle zapatos? También me ha dicho que cuando le dio al chofer una prima, éste corrió a la taberna —y no correspondió con gratitud a tal presente—. Yo le pregunto: y no tendremos nosotros la culpa de esa conducta si no le hemos ofrecido una escuela, ni lo hemos llevado a ver Nueva York? Entonces me responde: No hay tal, son incorregibles. Además siempre habrá pobres y analfabetos. El liberalismo ha sido en todas partes el partido del pueblo, y en Colombia el pueblo lo sabe. Si el conservatismo ha tenido y tiene masas es por una sola razón: por el problema de la fe religiosos.*<sup>65</sup>

<sup>60</sup> Ver por ejemplo NIETO CABALLERO Luís Eduardo, *¿Por qué soy liberal?*, Bogotá, Librería Nueva, 1931. Por el lado conservador, un magnífico ejemplo es FERRO MEDINA GERMÁN (investigador), *Vida cotidiana, viajes y política en Antioquia y Caldas – Mis memorias. Justiniano Macía Vélez, 1866-1955*, Bogotá, Ceso-Facultad de Ciencias Sociales, 2005

<sup>61</sup> Ver por ejemplo LOZANO Y LOZANO Carlos, “Itinerario de una Convicción”. *Semanario Sábado*. 40. 15 de abril de 1944. p 1 y 6.

<sup>62</sup> “Hambre roja y hambre azul”, en *El Diario Nacional*, 9 de abril de 1923, p. 3.

<sup>63</sup> SILVA, 2005, *ob. cit.*

<sup>64</sup> *Carta de Carlos Lleras Restrepo a Alfonso Romero Aguirre, Presidente del Congreso de la República*. 20 de septiembre de 1948. Biblioteca Luís Ángel Arango, Archivo Carlos Lleras Restrepo, Fondo II, Partido Liberal, Folios 385-391

<sup>65</sup> LOZANO Y LOZANO Carlos, *ob. cit.* p. 1 y 6.

De manera simétrica, un destacado intelectual conservador subrayaba su distancia de la multitud:

*Mentalmente, soy conservador porque amo el orden, la jerarquía racional, el principio de autoridad, la acción de Gobierno (...) Porque creo que la multitud puede y debe elegir, pero que le es imposible gobernar; que los gobernantes son capitanes de navío en mares revueltos y la salud de todos exige que ellos manden*<sup>66</sup>

Nótese que —como lo ha subrayado Sanders<sup>67</sup>— esto no implicaba una posición anti-republicana. En cambio, sí marcaba —y esta es una segunda gran diferencia— una manera específica de concebir la democracia, concentrada en la jerarquía y el orden. El tema es relevante aquí, porque tenía una dimensión política pero otra social:

*Soy Conservador para vencer en mí al bárbaro imaginativo y pasional con la disciplina de la razón; lo soy por que el liberalismo haría lógicamente de mí un anarquista; lo soy, porque a la libertad mecánica del viejo liberalismo y a la castrada libertad del liberalismo nuevo, prefiero la inteligente libertad conservadora cuyo centro de gravedad es el ORDEN*<sup>68</sup>.

Más radical, pero argumentando en el mismo espíritu, Joaquín Estrada propugnaba por “una democracia autoritaria”:

*¿Por qué soy conservador? (...) III. Por la manera como debe plantearse y resolverse el binomio autoridad y libertad. No creo que aquella se derive del pueblo soberano, a quien solo corresponde la designación del que ha de ejercerla, sino de una fuente superior y divina (...) Mi ideal es una democracia autoritaria, orgánica en sus clases económicas y regulada en el uso de las libertades individuales de modo que la autoridad prime en aquel grado que fuere necesario para defender el uso de la libertad del abuso de ella. IV. Por mi noción apolítica de la justicia social. El proletariado no es conservador ni liberal, sino proletariado llanamente.*<sup>69</sup>

El problema del orden está relacionado con otros dos motivos claves (tercero y cuarto). Uno es la participación religiosa en la política. Hay evidencias abrumadoras —una vez más, provistas por líderes y miembros de ambos partidos— del papel muy central que jugaba la Iglesia Católica en el partido conservador. De hecho, en la elección de 1930 este se potenció enormemente, pues implicó la participación muy activa de la jerarquía en la escogencia del candidato presidencial, una función hasta entonces reservada a la junta parlamentaria<sup>70</sup>. En efecto, para algunos liberales el que el conservatismo aún tuviera bases sociales reales era una función de la cuestión religiosa. Aunque desde 1930 el partido rojo se esforzó desesperadamente por mejorar sus relaciones con la iglesia, obteniendo éxitos parciales<sup>71</sup>, muchos curas siguieron tomando partido por los azules, e involucrándose en episodios tanto electorales<sup>72</sup> como violentos<sup>73</sup>.

La cuestión religiosa se articulaba de manera “natural” con la étnica y con el tema del orden (o mejor, del desorden), como lo revela el siguiente episodio en el cual —aunque nunca lo aceptaron de manera explícita— el Directorio Nacional Conservador<sup>74</sup> y los jefes de la Iglesia colombiana lanzaron manifiestos simultáneos y probablemente coordinados en los cuales atacaban la reforma constitucional de 1936 y advertían que algunos artículos incluidos en ésta:

<sup>66</sup> RESTREPO JARAMILLO Gonzalo, “Por qué soy conservador”, en *Semanario Sábado*, 44, 13 de mayo de 1944, p. 3.

<sup>67</sup> SANDERS, 2004, *ob. cit.*

<sup>68</sup> RAMÍREZ MORENO Augusto, “La razón de una fe”, en *Semanario Sábado*, 40, 15 de abril de 1944, p. 1 y 6.

<sup>69</sup> ESTRADA MONSALVE Joaquín, “Por qué soy conservador”, en *Semanario Sábado*, 43, 6 de mayo de 1943, p. 3 y 14.

<sup>70</sup> Y, ni qué decir tiene, absolutamente fundamental en la vida partidista interna. Sobre las extrañas peripecias del episodio, una muy buena referencia es VILLEGAS Aquilino, *Por Qué Soy Conservador*, Bogotá, Editorial Nueva, 1934. Una perspectiva académica del episodio puede ser encontrada en MEDINA Medófilo, “Obispos, curas y elecciones 1929-1930”, en *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, 18-19, 1990-1991, p. 185-204.

<sup>71</sup> Para malestar de un sector conservador. Ver por ejemplo VILLEGAS, 1934, *ob. cit.* y GÓMEZ Laureano, “Impugnación a la reforma concordataria” en Ricardo Ruiz Santos (Ed.), *Laureano Gómez. Obra Selecta 1909-1956*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1982, p. 411-469.

<sup>72</sup> *Carta a Eduardo Santos de Benjamín García Cadena, gobernador Santander del Sur*, 17 de abril de 1942, Biblioteca Luis Ángel Arango, Archivo Eduardo Santos.

<sup>73</sup> *Carta de Laureano Gómez al Reverendo Padre Jordán*, julio de 1936, A.G.N., Fondo Presidentes. Serie Alfonso López Pumarejo, Caja 8, Carpeta 1, Folios 4-6.

<sup>74</sup> RAMÍREZ MORENO Augusto, “La alocución de Ramírez Moreno. El régimen liberal le ha declarado la guerra civil a los colombianos” en *El Siglo*, 18 de marzo de 1936, p. 1-5. La última frase de este manifiesto es contundente: “El pueblo colombiano tiene la palabra; que escoja entre el congreso y Dios, entre la propiedad y el honor y la virtud de las familias y la subsistencia de un régimen adverso al honor, a la virtud a la propiedad, a la familia y a Dios. Colombianos: vosotros decidiréis si mi palabra es un gemido o un toque de corneta!”.

*entrañan disposiciones odiosas y sanciones exorbitantes como la que obliga a recibir en los colegios privados a los hijos naturales y sin distinción de raza ni de religión. Pero hacemos notar que siendo la ley una ordenación de la razón para el bien común, no es ley ni obliga en conciencia la que va contra el bien común, la que es contraria a la ley de Dios y a la verdad religiosa. Entonces la ley no está respaldada por la autoridad de Dios, porque no se ha expedido en virtud de la legítima autoridad sino abusando de la autoridad. Este es el caso en que se debe obedecer a Dios antes que a los hombres*<sup>75</sup>.

Una vez más, aquí es preciso ser cuidadoso. Ciertamente, ambos partidos han tenido a lo largo de su existencia diversas manifestaciones racistas. A la vez, los testimonios contemporáneos sugieren que había en este particular cierta distancia, tanto intelectual como social –ambas entroncadas con tradiciones políticas diferenciadas<sup>76</sup>. El liberalismo contaba con un conjunto de intelectuales que, en su celebración del pueblo también recogían una reivindicación a lo Vasconcelos de los indígenas y los negros<sup>77</sup>. No existía algo parecido al otro lado de la barricada. Si el *mainstream* de ambos partidos recogía motivos racialistas, o simplemente un sentido común que atribuía superioridad civilizacional a lo europeo y a lo blanco, en el conservador la idea de la inferioridad de las “razas de color” se enunciaría de manera mucho más frecuente, oficial y sin muchos rodeos<sup>78</sup>. Esto podía llegar matizado de muchas maneras, incluso admitiendo que se trataba sólo de una “inferioridad relativa”<sup>79</sup> o mostrando que los españoles tampoco estaban muy arriba en la escala racial<sup>80</sup>. Con seguridad se encontrarán expresiones similares provenientes de las toldas liberales, pero mucho más oblicuas y connotando un conjunto de preocupaciones diferente. El higienismo de Gaitán, por ejemplo, compartía con los conservadores la preocupación por el mejoramiento de la raza, pero no admitía la existencia de una escala intrínseca; más bien una competencia entre ellas (en lo que se nota la duradera influencia intelectual de su maestro Enrico Ferri). Ahora bien, esta diferencia intelectual tenía su correlato en una creencia de carácter electoral. Tanto los liberales como los conservadores estaban convencidos de que el voto de los negros era para los rojos<sup>81</sup>.

[14]

Qué llegó primero, si los votos o las ideas, es un poco como la proverbial discusión sobre el huevo y la gallina, aunque un racionalismo acotado y razonable, más el recuento de Sanders, sugerirían que las ideas de la primera mitad del siglo XX debían mucho a las percepciones electorales. En su período fundacional, el liberalismo estuvo alimentado por fuertes movilizaciones de trabajadores negros (incluyendo esclavos)<sup>82</sup>. Esto habría generado una persistente politización liberal de la etnicidad, que “amarró” a los políticos racionales liberales a un tratamiento diferente de esa población que consideraba coto electoral suyo; con más razón después de la institucionalización del sufragio universal masculino.

Finalmente, tanto liberales como conservadores encontraban que había una fractura urbano-rural. ¿Qué tan profunda? Seguramente los liberales creían que era más neta. Pero ambos la reconocían.

Dejemos a Aquilino Villegas, el intelectual conservador, la labor de síntesis:

*Afortunadamente, para nuestro país, la pugna no ha podido convertirse sino en casos muy contados en una lucha de clases. Hubo momentos, hacia la mitad del siglo pasado, en que el liberalismo encarnó como su núcleo más activo, entre la gente de color, sobre todo en el Valle del*

<sup>75</sup> ISMAEL Obispo de Bogotá y otros “Manifiesto de los arzobispos y obispos de Colombia al pueblo católico y protesta contra el proyecto de reforma constitucional y algunas leyes” en *El Siglo*, 18 de marzo de 1936, p. 1-5.

<sup>76</sup> SANDERS, 2004, *ob. cit.*

<sup>77</sup> El ejemplo obvio es Armando Solano, pero hay otros más.

<sup>78</sup> Ver la primera de las célebres conferencias de Laureano Gómez en el Teatro Municipal. GOMEZ Laureano, *Interrogantes sobre el Progreso de Colombia: Conferencias Dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*, Bogotá, Editorial Minerva, 1928.

<sup>79</sup> VILLEGAS, 1934, *Ob. cit.*

<sup>80</sup> Un tema de la segunda conferencia de Laureano, menos conocida que la primera. GOMEZ, 1928, *ob. cit.* Esto, sin embargo, es más bien excepcional, ya que las raíces hispanistas del conservatismo colombiano eran muy fuertes.

<sup>81</sup> No es raro encontrar en los archivos de la dirigencia liberal cartas y comunicados de adhesión en clave étnica –y esto no se circunscribe a la izquierda del partido-. Por ejemplo: «La junta liberal del Llanito, municipio de Caloto, en nombre de la ciudadanía y del electorado de raza morena que representa, tiene el honor de ofrecer al doctor EDUARDO SANTOS, presidente electo de Colombia, un cordial saludo, a su paso por la ciudad de SANTANDER y le testimonia su adhesión irrestricta” *Carta a Eduardo Santos de Juan F. González*. El Llanito 14 de junio de 1938. Biblioteca Luis Ángel Arango. Archivo Eduardo Santos.

<sup>82</sup> GUTIÉRREZ, 1995, *ob. cit.* SANDERS, 2004, *ob. cit.*



*Cauca; pero en líneas generales, los conductores y la burguesía ilustrada han pertenecido indistintamente a uno y otro bando. En cambio, el liberalismo ha prosperado con mayor vigor entre el obrero y el artesano de las ciudades grandes, en donde el orador demagógico ha desquiciado sus malas pasiones, para poder contar con su voto el día de las elecciones o con su sangre el día de la guerra civil; y en cambio, el conservatismo ancla sus raíces instintivamente entre el campesino, peón manual, labrador y pequeño propietario, hijo y amo de la tierra nutricia, que sólo sufrimientos ha ganado en la agitación revolucionaria y que siempre prosperó a la sombra de la mesura y la tranquilidad*<sup>83</sup>

En fin, no parece posible construir una evaluación crítica viable del período sin tener en cuenta que el investigador se halla, en este terreno, en un juego de espejos. Cada partido —pero también cada fracción dentro de él, y también cada período— tenía su propia explicación sobre el significado del bipartidismo colombiano: qué fracturas expresaba, cuánto servía o no a los sectores populares, hacia dónde conducía al país. Muchas de esas hipótesis guardan —como tenía que ser— un aire de familia con las que después han esgrimido los analistas sociales en sus estudios y debates. Reificar una sola explicación como la correcta e incontaminada puede conducir fácilmente al más puro anacronismo. Es mejor considerar cuidadosamente los datos que tenemos a disposición, y asumir con seriedad el juego de espejos a que nos invitan los actores del período.

## INTERROGANDO LAS FRACTURAS

### El tinglado

En la indagación sobre las fracturas sociales subyacentes al bipartidismo colombiano, los analistas del siglo XX están, al menos en teoría, en mejor situación que sus pares que se concentran en el XIX. Estos últimos con mucha mayor dificultad tienen acceso a datos electorales masivos, a censos y a estudios poblacionales, y por consiguiente deben limitarse a las percepciones de los actores del período, así como a los contornos más prominentes del debate político. No es poco, y ha permitido hacer conjeturas que, como se verá en un momento, resisten bastante bien un escrutinio detallado. El analista del siglo XX, en cambio puede combinar el estudio de las ideas, de las dinámicas políticas y de los macro-patrones agregados, y sacar inferencias de esa triangulación. Hasta ahora se ha utilizado poco o nada esta ventaja estratégica.

En esta sección presentamos un ejercicio cuantitativo que sugiere que, en efecto, los municipios de influencia liberal eran diferentes de los conservadores. Varias advertencias preliminares deben indicar sobre lo que puede y no puede ofrecer dicho ejercicio. Primero, no estamos en capacidad de dar un paso más allá de la identificación de los macro-patrones descritos arriba: carecemos de datos sobre los votantes individuales de uno y otro partido, y pretender describirlas deductivamente a partir de lo que sabemos sería una típica “falacia ecológica”. Segundo, todo modelo estadístico es una aproximación provisional; sólo los chambones y los charlatanes los presentan como una “verdad” definitiva. Esto debe decirse con el mayor énfasis, porque desdichadamente en algunas áreas del conocimiento<sup>84</sup> se han generalizado las malas prácticas. Por supuesto, dicha provisionalidad no les quita su sentido (de hecho, lo mismo podría decirse de cualquier interpretación en una disciplina empírica). Son aproximaciones valiosas porque permiten presentar de manera rigurosa y muy sintética un paisaje agregado, en este caso de carácter socio-político, que sólo se podrá refinar utilizando mejores datos o mejores técnicas.

Para que el lector tenga clara comprensión tanto de la importancia como de los límites de los resultados, así como de la manera en que se trataron los asuntos que potencialmente son más controversiales, describimos aquí qué datos se utilizaron, de dónde se obtuvieron, y cómo se atacó el problema clasificatorio<sup>85</sup>.

a. El planteamiento. En teoría, el ejercicio es rectilíneo. Se trata de definir un mapa rojo, otro azul, y posiblemente un tercero mixto, y después comparar características que sean estables a través del tiempo. Si las diferencias entre los grupos son estadísticamente significativas, entonces hemos

<sup>83</sup> VILLEGAS, 1934, *ob. cit.* p. 239.

<sup>84</sup> Las interpretaciones económicas de la guerra, por ejemplo.

<sup>85</sup> Ver además *Anexo*.



encontrado algún indicio de fractura social; si no lo son, entonces estamos frente a un policlasismo indiferenciado.

b. Las elecciones. Sin embargo, como suele suceder, llevar a cabo el programa es mucho más difícil que enunciarlo. Primero, las preferencias agregadas de una población cambian a través del tiempo: hoy en día son rojos, mañana son azules. Esta evolución puede haber sido producto del fraude o de la fuerza, pero el hecho es que hay muchos municipios que cambiaron de color en el período. Utilizamos precisamente esto como criterio de separación entre nuestros grupos. En el ejercicio básico, aquellos municipios que hubieran votado rojo<sup>86</sup> en las elecciones presidenciales de 1922, 1930 y 1946 fueron clasificadas como establemente liberales, los que siempre se hubieran decantado por los azules como establemente conservadores, y el resto como disputados. Esto otorga una importante ventaja adicional. En efecto, un reparo que se puede hacer a cualquier análisis electoral en la primera mitad de nuestro siglo XX es que hay múltiples evidencias de irregularidades en todas las elecciones del período. ¿Pueden pues considerarse un punto de referencia lo suficientemente sólido como para describir la distribución, y evolución, de preferencias en un distrito electoral determinado? El lector verá que escogimos cuidadosamente las elecciones que entran en el análisis: en 1930 y 1946 hubo sendas alternaciones en el poder, lo que demuestra que hubo un margen considerable para la expresión genuina de las preferencias. Caso contrario podría haber sido 1922 –en donde se presentaron múltiples denuncias de coacción o trampa, lo que desembocó en la abstención liberal de 1926–, pero salvo en 1930, es la única elección de la hegemonía en la que los liberales se presentaron con candidato propio<sup>87</sup>. En la medida en que tomamos tres eventos en los que los gobiernos eran de color distinto, básicamente garantizamos que en aquellos municipios que se decantaron las tres veces por una u otra opción –por ejemplo, aquellos que votaron conservador en 1922, 1930 y 1946– en efecto ella era mayoritaria. Además, utilizamos una variable categórica (ganaron los liberales o los conservadores) y no una cuantitativa, para describir el desenlace electoral. El hecho de que usar una variable categórica –qué candidato puso más votos en lugar de la cantidad exacta– pierde alguna información, pero eso se ve más que compensado por la ganancia en calidad de la información; los casos en los que las preferencias hayan sido significativamente deformadas en las tres elecciones en el *mismo sentido* deben de haber sido nulos o marginales. Como se ve en el Anexo, la reconstrucción de las cifras electorales del período es laboriosa pero bastante fiable. Otra ventaja adicional que se obtiene con este planteamiento<sup>88</sup> es que se habla de diferencias que permanecen en el tiempo (por lo menos un cuarto de siglo, pero posiblemente más), lo que casa bastante bien con el tipo de fracturas sociales que formuló Rokkan<sup>89</sup> como el piso sobre el que se construían los sistemas políticos.

c. Los censos. La esencia del ejercicio es cruzar distribución de preferencias partidistas con características socio-económicas. Nos apoyamos en dos censos, uno realizado durante la Hegemonía (1918) y otro durante la República Liberal (1938). Tomamos datos de ambos. Nuestro punto de referencia básico es el segundo, ya que utilizó técnicas bastante más sofisticadas<sup>90</sup>. Sin embargo, los liberales tomaron la decisión política de no incluir preguntas sobre raza –hoy diríamos etnicidad– así que todo referente al tema se toma del de 1918 –e incluso del censo de 1912. El supuesto que está detrás de esta

<sup>86</sup> Mayoría simple. En las de 1930, si la votación liberal era superior a la de Vásquez y Valencia sumadas.

<sup>87</sup> En 1930 Olaya Herrera se presentó a nombre de una coalición.

<sup>88</sup> Una forma cuantitativamente más rigurosa sería hacer un modelo jerárquico lineal o de crecimiento. No descartamos esa posibilidad, pero debe tenerse en cuenta que lo que se presenta aquí tiene la importante ventaja de ser una manera más segura de tratar datos potencialmente problemáticos. Es decir, un ejercicio estadístico más refinado tendría que apoyarse crecientemente en datos espurios. Aquí preferimos adoptar un modelo simple, pero asentado sobre terreno firme.

<sup>89</sup> ROKKAN, 1999, *ob. cit.*

<sup>90</sup> Es natural que con el paso de los años los censos se vayan haciendo con más rigor. Por otra parte, la República Liberal contó con un equipo de gente notable en estas áreas, encabezado por Alejandro López. LÓPEZ Alejandro, *Problemas Colombianos*, París, Editorial París-América, 1927; VALLEJO Alejandro, “La imaginación estadística” en *Acción Liberal*, 11, diciembre de 1933, p. 365-366; SILVA RENÁN, “La República Liberal o la pasión por la estadística” en *Sociedad y Economía*, 5, octubre de 2005.

operación es que algunas características demográficas cambian muy lentamente, sobre todo en un país con pocos flujos migratorios y sin un gran nivel de violencia, como era la Colombia del período considerado.

d. La base de datos está constituida por los 580 municipios para los cuales teníamos toda la información<sup>91</sup>.

e. El ejercicio. Nuestro objetivo era considerar si existía alguna diferencia socio-económica entre los municipios establemente liberales (MEL), los establemente conservadores (MEC), y los demás. Los MEL votaron liberal en las tres elecciones, los MEC votaron conservador, y los demás dividieron su voto de una u otra manera. La herramienta natural para responder a la pregunta es un análisis de varianza multivariado<sup>92</sup>. Lo que se obtiene de él es lo siguiente: ver si el promedio por variable relevante, controlando por las otras, de cada una de las categorías consideradas es diferente. Por ejemplo, quisiéramos saber, de acuerdo con lo discutido arriba, si el promedio de población urbana era significativamente más alto en los MEL que en los otros.

f. Los resultados están en las Tablas 4, 5, 6, 7 y 8. Se pueden resumir de manera bastante simple: hay varias diferencias muy significativas estadísticamente. Nuestro bipartidismo no era una “casa en el aire”, sino que estaba construido sobre un conjunto de fracturas sociales claramente perfilado (aunque las expresara sólo de manera muy oblicua). Veamos cuáles.

### Las hipótesis

Según vimos en la revisión de literatura, en *los dos* períodos —el objeto de análisis de este texto, y el posterior a la institucionalización académica de las ciencias sociales tal como las conocemos hoy— hay varias hipótesis acerca de la posible diferencia, o identidad, entre los partidos tradicionales colombianos. De estas, destacamos las siguientes:

- Hipótesis nula versión 1. Los dos tradicionales eran idénticos
- Hipótesis nula versión 2. Había diferencias reales, pero puramente auto-referidas; las luchas sociales y las políticas eran ortogonales.
- La fractura urbano rural. El PL era más urbano que el PC.
- La fractura étnica. ¿La población negra manifestaba un comportamiento electoral diferenciado, en el sentido de preferir al liberalismo? ¿Algo similar puede decirse de los indígenas con el conservatismo?<sup>93</sup>
- El PL estaba más cerca de los trabajadores manuales, y sobre todo de la incipiente clase obrera, que el PC
- El PL era un partido más de tierra caliente que el PC, en la medida en que en aquellas el control de la iglesia católica era más precario.
- A pesar de la creencia establecida dentro del sentido común —y en algunos casos un argumento compartido por la academia— las zonas de más alta producción cafetera no eran exclusivamente conservadoras<sup>94</sup>.

En la Tabla 1 se muestra cómo se operacionalizan algunas de tales hipótesis. En la Tabla 2 se presentan los tres contrastes básicos que se llevaron a cabo: entre los MEL (los que siempre se decantaron por el rojo) y todos los demás; entre los MEL, los MEC y los demás; y una última división de ocho categorías según “grado de liberalismo”.

<sup>91</sup> Eliminamos los casos con valores faltantes. Mientras que se trata de una técnica perfectamente lícita —de hecho, es una alternativa ofrecida por SPSS—, recientemente ha salido una interesante literatura sobre el tema, que propone un tratamiento diferente. Un paso posterior será complementar este análisis con un ejercicio que tenga en cuenta entradas con valores faltantes. En principio, hicimos algunos ejercicios —ANOVAs, o MANOVAS cambiando tales valores por estimativos como la media de la variable— sin que se afectara de manera remotamente significativa lo que se dice aquí.

<sup>92</sup> Manova, aunque también hicimos con cada variable análisis univariados que coinciden plenamente con lo que se presenta aquí.

<sup>93</sup> Recuérdese que al término de su narrativa Sanders, 2004, *ob cit*, manifiesta que se produjo un enfriamiento entre indígenas y conservadores.

<sup>94</sup> El tema amerita un tratamiento aparte, y no profundizamos en él aquí.

## Los resultados

Ante todo, hay situaciones en las que es relevante notar que “el perro no ladró” (según la ya célebre expresión de Sherlock Holmes). Muchas de las variables no incluidas en las tablas no permitieron rechazar la hipótesis nula de que los dos partidos eran idénticos desde ese punto de vista. Por ejemplo, en las teorías endógenas de la política de los liberales se suponía que entre más educación, menor proclividad a ser influido por la iglesia y a votar conservador. No encontramos ninguna evidencia a favor de semejante aserción<sup>95</sup>. A la vez, existen diferencias entre las poblaciones liberales y las conservadoras, que permiten rechazar con un alto grado de confianza la hipótesis nula. Son básicamente las siguientes:

- a. El promedio de urbanización de los MEL es más alto que el de los conservadores.
- b. Tienen un porcentaje mucho más alto de población negra. En la otra dirección, los municipios mayoritariamente negros tenían tendencialmente amplias mayorías liberales. En cambio, los MEL y los MEC son en esencia idénticos con respecto de la población indígena.
- c. De manera también un poco sorprendente (al menos para nosotros), parece haber habido una diferencia real en términos de “temperamento”. González<sup>96</sup> tenía razón. Los MEL son más cálidos que los MEC. La diferencia estadística es muy significativa. La explicación sustantiva de González<sup>97</sup> tiene sentido, y los datos agregados la corroboran.

Todo lo anterior está resumido en las Tablas 4 y 5.

Pero esta es la conclusión “de bulto”. La perspectiva más interesante es la que ofrece la discusión de los tres ejercicios en su conjunto. Ella permite entender simultáneamente por qué había diferencias muy fuertes entre liberales y conservadores y por qué han sido tan difíciles de aprehender. En efecto, mientras nos concentramos en el panorama agregado (MEL contra los demás, MEL contra MEC y ambos contra el resto), las cosas parecen claras y simples. Los MEL son significativamente más urbanos, negros y calentanos. Sin embargo, apenas abrimos la caja negra de “el resto” vemos que hay una dificultad clasificatoria real. Pues los municipios disputados —según se ve en la Tabla 6— pertenecen a un área gris de indiferenciación. Algunos de ellos son muy urbanos, pueden tener alta proporción de población negra, etc. Sólo hay diferencia entre ellos y los MEL, o la categoría inmediatamente inferior<sup>98</sup>. En síntesis, tenemos la siguiente conclusión:

- a. Hay una fractura que diferencia significativamente a los MEL de los MEC. En la medida en que estas dos categorías sumadas constituyen el 64.8% de los municipios, se puede hablar de un sistema de fracturas a nivel nacional.
- b. Las fracturas no tienen nada de extraordinario, y no se diferencian en mucho de las propuestas por Rokkan<sup>99</sup>, o —para recoger la expresión de Sanders<sup>100</sup>— de las típicas de la “civilización atlántica”: rural-urbano, iglesia-laicización (si hemos de creer a la interpretación sustantiva que da González<sup>101</sup> de las diferencias en “temperamento”), dimensión étnica (vínculos históricos del liberalismo con la población negra).
- c. Esto no necesariamente quiere decir que los liberales “expresaran los intereses urbanos”. Tal afirmación de nuevo correspondería a una falacia ecológica —a menos de que se apoye en evidencias cualitativas muy contundentes—. En cambio, sí podemos afirmar que entre más urbano un distrito electoral, más alta la probabilidad de que la votación agregada fuera MEL.

<sup>95</sup> Aquí es mejor no adoptar un tono demasiado concluyente. Quizás haya un efecto de umbral no captado, o nuestra variable (número de estudiantes sobre el total de población del municipio u hombres que saben leer) simplemente sea demasiado defectuosa (da una idea general del nivel educativo del municipio, pero no de los votantes, o en el caso del porcentaje de hombres que saben leer, pierde los efectos de umbral). En los modernos sondeos comparativos si se encuentra con frecuencia una asociación entre nivel de religiosidad y secularización, pero esto no necesariamente tendría que aplicarse a la Colombia del período estudiado.

<sup>96</sup> GONZÁLEZ, 1997, *ob. cit.*

<sup>97</sup> *Idem.*

<sup>98</sup> Los que votaron conservador en 1922, y después apoyaron a los liberales.

<sup>99</sup> ROKKAN, 1999, *ob. cit.*

<sup>100</sup> SANDERS, 2004, *ob. cit.*

<sup>101</sup> GONZÁLEZ, 1997, *ob. cit.*

d. En otros términos: aunque como partido tempranamente agárralo-todo los liberales apostaban a invadir cualquier nicho electoral, su núcleo duro eran los distritos más urbanos, con más presencia de población negra, y más calientes (con menos control de la iglesia).

e. Hay una genuina dificultad: los municipios disputados son característicamente “grises”. Es decir, mientras que hay una diferencia tajante entre los MEL y los MEC, no es el caso que entre más urbano sea un municipio más liberal es. Esta no monotonía de las fracturas puede ser una de las razones por las que la pregunta clasificatoria central ha quedado sin responder. Cada partido tenía su propio núcleo electoral duro, con perfiles bastante separados<sup>102</sup>, pero se disputaban palmo a palmo todo lo demás, independientemente de sus características.

## CONCLUSIONES

Los estudiosos del siglo XX tienen a la mano la capacidad de combinar la narrativa –delinear los contornos básicos de la interacción entre los agentes-, el análisis de discurso –precisar los temas centrales del debate público-, y el cuantitativo –capturar los macro-patrones estables asociados a los fenómenos políticos-. En lugar de constituir compartimientos estancos, o territorios cercados, estas tres herramientas pueden cooperar y ayudar a una comprensión más completa de problemas complejos.

Esa es precisamente la puerta de entrada que hemos buscado en este artículo para contestar a la pregunta del terreno social sobre el que estaba erigido el bipartidismo colombiano en la primera mitad del siglo XX. La respuesta parece bastante nítida: es probable que la tercera corriente –los que han conjeturado que existían diferencias significativas entre los partidos, pero que ellas no eran de clase- sea la que tiene la razón. El “núcleo duro” del liberalismo estaba asentado sobre municipios con un mayor grado de urbanización, mayor porcentaje de población negra, y temperaturas más altas<sup>103</sup>; es decir, predominaba ahí donde el orden católico-rural era más débil. El conservatismo era fuerte en el complemento. Con todas sus diferencias y matices –tanto partidistas como de fracción- los líderes políticos de ambos lados de la barricada percibían estas diferencias básicas, y las utilizaban como orientación en el mundo para adelantar sus políticas –lo que seguramente profundizaba la diferenciación pues generaba un ciclo de retroalimentación positiva. Es por eso que muchos de los resultados que presentamos aquí están corroborados adicionalmente por “evidencia circunstancial”: por ejemplo, el amplio predominio liberal en las grandes ciudades (cosa que ya captó Dix<sup>104</sup>), que sólo se empezó a debilitar mucho después, con el triunfo del turbayismo dentro de las huestes rojas<sup>105</sup>.

¿Por qué ha sido tan difícil capturar esto? Recuérdese que hace relativamente poco Palacios<sup>106</sup> afirmaba (y en ese momento estaba yendo en contravía) que “el caso no estaba definitivamente cerrado” –esto es, que aún no era evidente que no existiera ninguna diferencia. ¿A qué se debe ese potencial punto ciego? Por un lado, hay todavía grandes áreas de la historia política de nuestro siglo XX que permanecen en la oscuridad. Por el otro, la carencia de auto-reflexividad a veces conduce a trampas mentales. Podría ser el caso que tanto el supuesto de que las únicas diferencias “serias”, que cuentan, son las de clase<sup>107</sup>, como la exasperación e insatisfacción con los deteriorados partidos tradicionales de los años ochenta y los noventa, hayan influido en la afirmación de que *siempre fueron* básicamente idénticos. Sin embargo, el aforismo de don José María Vergara y Vergara proviene de mucho antes. Lo interesante del ejercicio cuantitativo que presentamos aquí es que permite comprender *simultáneamente* por qué la diferencia entre los partidos es fuerte y a la vez difícil de captar. Si comparamos los MEL y los MEC –los núcleos duros de cada bandería- encontramos diferencias altamente significativas. En

<sup>102</sup> Ver Tabla 6.

<sup>103</sup> Hay un cierto nivel de colinealidad entre estas dos variables, pero no el suficiente como para afectar nuestros resultados.

<sup>104</sup> DIX, 1967, *ob. cit.*

<sup>105</sup> GUTIÉRREZ, en prensa, *ob. cit.*

<sup>106</sup> PALACIOS, 1999, *ob. cit.*

<sup>107</sup> Un punto de vista que es difícil de sostener en teoría política. Ciertamente, en los trabajos de Rokkan las fracturas de clase son una más entre varias posibles. Incluso dándoles un estatus especial, no parece viable sostener que son las únicas relevantes.

cambio, los municipios disputados constituyen una masa indiferenciada. Los partidos eran agárralo todo, había prácticas clientelistas, formación adaptativa de preferencias, etc., todo lo cual generó mezclas y recombinaciones.

Hay aún otra razón, metodológica, que puede tener su peso. Al tratar de refutar a los pioneros del análisis marxista que creían ver en el partido liberal a la burguesía progresista (cosa en la que coincidían con algunos ideólogos del partido liberal), diversos autores utilizaron nuevos métodos para encontrar la diferencia, pero al hacerlo cambiaron imperceptiblemente la pregunta. Por ejemplo, el conteo de cabezas de los liderazgos podría sugerir que su extracción social y de clase era muy similar —cosa que, como vimos, ya intuía Aquilino Villegas<sup>108</sup>: la “burguesía ilustrada” se había repartido aleatoriamente entre los dos partidos-, pero eso en realidad no dice mayor cosa sobre las fracturas socio-económicas sobre las que estaba parado el bipartidismo colombiano<sup>109</sup>. En realidad, es difícil precisar muy bien qué dice a la teoría de nuestros partidos; se trata de un punto tremenda, pero confusamente, sobredimensionado. Para peor, la conjetura se quedó en el nivel de enunciación y de casuística, sin pasar nunca al análisis metódico de los datos, que de pronto hubiera deparado más de una sorpresa. Lo mismo se puede decir de la noción del reparto del Estado como fuente de diferenciación (y de radicalización). Aunque el tema rebasa con mucho los límites de este texto, cuando se examinan con cuidado las evidencias relevantes —el sistema electoral, la conformación de gabinetes, las relaciones entre las élites de ambos partidos, los discursos, las coaliciones— se encuentra que, lejos de un concurso en el que el ganador lo coge todo, la política colombiana durante una buena parte de la primera mitad del siglo XX se pareció más a un intento de llegar a soluciones concesionales viables. Parte de esta historia apasionante se encuentra en el opúsculo de Braun<sup>110</sup> sobre Gaitán.

La fuerte convergencia de lo narrativo, lo discursivo y lo cuantitativo, sugiere que hasta que no haya contra-argumentos fuertes la “tercera respuesta” queda en pie. Nuestro sistema de partidos estaba construido sobre fracturas sociales reales, aunque no de clase. Esto abre paso a un conjunto de preguntas del máximo interés. Primero, ¿tienen razón los minimalistas o los maximalistas? No tomamos demasiado en serio esta nomenclatura —la diferencia entre los tres tipos de respuesta básica en cambio sí es clara y operacional-, pero nos sirve para ilustrar por qué es necesario escalonar el análisis del contenido social de nuestra política. Maximalistas y minimalistas coinciden en que los partidos tenían bases sociales diferentes; ya vimos que su caso es muy fuerte. Pero se diferencian en su evaluación de los mecanismos de agregación de preferencias y más generalmente, de representación de intereses. Para los primeros los partidos no sólo estaban articulados a una constelación social de fuerzas diferente, sino que de alguna manera expresaban intereses contrapuestos. Para los segundos el hecho de que hubiera diferencias en el perfil del votante de cada partido no logró expresarse operacionalmente en la vida política. Plantearíamos aquí que ese es un tema aún bastante abierto y complejo, pero que secuencial y lógicamente sigue al de la existencia o no de bases sociales distintas (que debe ser resuelto a la positiva). Segundo, ¿en qué medida precipitaron estas fracturas el estallido de la violencia? ¿A través de qué mecanismos políticos? Si lo social y lo político no iban completamente en paralelo<sup>111</sup>, sin tocarse jamás, ¿cómo se relacionaron en la vida política (en forma de prácticas, organizaciones y rutinas)? Tercero, ¿cómo operó el problema del orden (y por tanto de la seguridad) en el sistema político? Parece haber en este sentido una continuidad temática de largo aliento en la política colombiana.

<sup>108</sup> VILLEGAS, 1934, *ob. cit.*

<sup>109</sup> Una vez más, una venerable tradición en la teoría política puede ayudar a entender por qué. A medida que los partidos se van consolidando, sus élites políticas se mezclan de diversas maneras con las económicas, además, hay procesos de movilidad social ascendente. Para comenzar, ver MICHELS Robert, *Les Partis Politiques: Essai Sur Les Tendances Oligarchiques Des Démocrates*, Flammarion, Paris, 1914.

<sup>110</sup> BRAUN Herbert, *Mataron a Gaitán Mataron a Gaitán: Vida Pública y Violencia Urbana en Colombia*. Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1987

<sup>111</sup> Como propone Pécaut en su obra clásica, 1987, *ob. cit.*



## TABLAS

Tabla 1. La operacionalización de las hipótesis

Hipótesis	Indicador	Resultado esperado
Nula versión 1	Cualquier indicador socio-económico sustantivo.	No hay diferencias estadísticas significativas.
Nula versión 2	Lo mismo	Lo mismo
Fractura rural-urbana	Porcentaje de población urbana en el municipio; número domésticas sobre el total de población.	Los municipios liberales son en promedio significativamente más urbanos que los conservadores
Fractura étnica	Porcentaje de negros sobre el total de población; porcentaje de indígenas sobre el total de población.	Los municipios liberales son en promedio significativamente más “negros” que los conservadores; estos son más “indígenas”.
Fractura de clase	Porcentaje de obreros sobre el total de la población.	
“Temperamento”	Temperatura	Las poblaciones liberales son en promedio significativamente más calientes que las conservadoras.

Tabla 2. Categorización

Contraste	Categoría – codificación
Municipios persistentemente liberales y los demás	Los que votaron rojo en 1922, 1930 y 1946 (LLL) codificados como 1, los demás 0
Municipios persistentemente liberales, disputados y persistentemente conservadores	LLL =3, CCC=1, cualquier otro=2
Grado de liberalismo	LLL=8, CLL=7, LCL=6, LLC=5, CCL=4, CLC=3, LCC=2, CCC=1 <sup>112</sup>

[21]

Tabla 3. Tamaño de los grupos según ejercicio

Ejercicio	Tamaño
Dos grupos (PLiberal y el resto)	PLiberal=163; Resto=417
Tres grupos (PLiberal, PConservador, resto)	PLiberal=163, PConservador=213; Resto=204
Ocho grupos	G1=213; G2=2; G3=16; G4=96; G5=6; G6=23; G7=61; G8=163

Tabla 4. Diferencias entre dos grupos – entre el resto (grupo 0) y PLiberales (grupo 1)

Variable	Diferencia de medias	Significación	Intervalo de confianza
Urbanización	-0.045	0.029	-0.086 a -0.005
Trabajadoras domésticas	-0.013	0.002	-0.021 a -0.005
Población negra	-0.043	0.000	-0.065 a 0.022
Temperatura	-2.179	0.000	-3.08 a -1.278

<sup>112</sup> Bajo el supuesto de que entre más tardía una votación roja la población podría estar liberalizándose.

**Tabla 5. Características de tres grupos: PLiberales (Grupo 3), PConservadores (Grupo 1), y el resto (Grupo 2)**

Variable – Grupo	Media	Intervalo de confianza
Urbanización Grupo 1	0.092	0.062-0.121
Urbanización Grupo 2	0.193	0.163-0.223
Urbanización Grupo 3	0.186	0.153-0.22
Trabajadoras domésticas Grupo 1	0.039	0.033-0.045
Trabajadoras domésticas Grupo 2	0.055	0.049-0.062
Trabajadoras domésticas Grupo 3	0.06	0.053-0.067
Población negra Grupo 1	0.048	0.032-0.064
Población negra Grupo 2	0.076	0.059-0.092
Población negra Grupo 3	0.104	0.086-0.123
Temperatura Grupo 1	18.822	18.166-19.477
Temperatura Grupo 2	21.127	20.458-21.797
Temperatura Grupo 3	22.129	21.379-22.878

**Tabla 6. Diferencias entre tres grupos: PLiberales (Grupo 3), PConservadores (Grupo 1), y el resto (Grupo 2) (resumen<sup>113</sup>)**

Prueba	Resultado	Significación
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Urbanización entre grupos 1 y 2	Diferencia de medias -0.01015 <sup>114</sup>	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Urbanización entre grupos 1 y 3	DM: -0.095	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Urbanización entre grupos 2 y 3	DM: 0.0066	0.993 No significativo
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Trabajadoras Domésticas entre grupos 1 y 2	DM: -0.0163	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Trabajadoras Domésticas entre grupos 1 y 3	DM: -0.021	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Trabajadoras Domésticas entre grupos 2 y 3	DM: -0.0048	0.758 No significativo
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Proporción de población negra entre grupos 1 y 2	DM: -0.027	0,019
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Proporción de población negra entre grupos 1 y 3	DM: -0.0567	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Proporción de población negra entre grupos 2 y 3	DM: -0.029	0.136 No significativo
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Temperatura de población negra entre grupos 1 y 2	DM: -2.31	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Temperatura de población negra entre grupos 1 y 3	DM: -3.31	0,000
Contraste post hoc Dunnett T3 para la variable Temperatura de población negra entre grupos 2 y 3	DM: -1	0,166 No significativo

<sup>113</sup> Sólo se reporta una prueba multivariada, que no asume varianzas iguales. Todas las demás pruebas que se realizaron y que tampoco partían de ese supuesto (Tamhane, Games Howell y Dunnett C) arrojaron idénticos resultados.

<sup>114</sup> Las medias de esta y las siguientes variables, con excepción de temperatura, fluctúan entre 0 y 1

**Tabla 7. Resultados para el modelo en su conjunto – tres grupos**

Coeficiente-prueba	Valor	Estadístico F (grados de libertad)	Significación
Intercepto-Traza de Pillai	0.953	2320.979 (5)	0.000
Intercepto-Lambda de Wilks	0.047	2320.979 (5)	0.000
Intercepto-Traza de Hotelling	20.253	2320.979 (5)	0.000
Intercepto-Raíz más grande de Roy	20.253	2320.979 (5)	0.000
Coeficiente de grupo-Traza de Pillai	0.118	7.227 (10)	0.000
Coeficiente de grupo-Lambda de Wilks	0.883	7.33 (10)	0.000
Coeficiente de grupo-Traza de Hotelling	0.13	7.432 (10)	0.000
Coeficiente de grupo-Raíz más grande de Roy	0.111	12.766 (5)	0.000

**Tabla 8. Diferencias entre ocho grupos. Contrastes significativos ( $p < 0.05$ ) por grupo-variable (ejemplo resumido<sup>115</sup>)**

Variable-grupos	Diferencia de medias	Significación	Intervalo de confianza
Urbanización- Grupo 1 con Grupo 6	-0.155	0.039	-0.307 a -0.004
Urbanización – Grupo 1 con Grupo 7	-0.109	0.019	-0.209 a -0.009
Urbanización – Grupo 1 con Grupo 8	-0.095	0.001	-0.167 a -0.023
Trabajadoras domésticas – Grupo 1 con Grupo 7	-0.021	0.006	-0.041 a -0.001
Trabajadoras domésticas – Grupo 1 con Grupo 8	-0.021	0.005	-0.036 a -0.007
Proporción población negra- Grupo 1 con Grupo 7	-0.059	0.014	-0.113 a -0.006
Proporción población negra- Grupo 1 con Grupo 8	-0.057	0.000	-0.095 a -0.018
Temperatura - Grupo 1 con Grupo 6	-4.657	0.000	-7.989 a -1.325
Temperatura - Grupo 1 con Grupo 8	-3.307	0.000	-4.887 a -1.727

[23]

**ANEXO 1**

Para la elaboración del ejercicio cuantitativo fueron recolectados y digitalizados tres diferentes tipos de fuentes numéricas:

a. Fuentes Electorales: A pesar de un aparente vacío documental, logramos rescatar las cifras electorales municipales oficiales de las elecciones de 1922 y 1930. En la Sección República, Ministerio de Gobierno, Sección 4<sup>a</sup> Tomos 15, 18, 19, 24, 25 y 28 del Archivo General de la Nación fueron encontradas las actas y los escrutinios originales de dichas elecciones.

Los resultados municipales de las elecciones de 1946 fueron extraídos del siguiente documento oficial: República de Colombia. Contraloría General de la República. Dirección Nacional de Estadística, “Estadística electoral: resultado de las elecciones para presidente de la república verificadas el 5 de mayo de 1946”, en *Anales de Economía y Estadística*, Suplemento a los número 17 y 18, p. 1-19.

<sup>115</sup> Sólo se reporta una prueba multivariada, que no asume varianzas iguales. Todas las demás pruebas que se realizaron y que tampoco partían de ese supuesto (Tamhane, Games Howell y Dunnett C) arrojaron idénticos resultados.

b. Fuentes Censales: Fueron sistematizados y digitalizados los censos de 1918 y de 1936.

Censo de 1918<sup>116</sup>: Se utilizó la información encontrada para cada municipio en los siguientes cuadros —todos los datos se encuentran discriminados por sexo—: habitantes por edad; habitantes por estado Civil, instrucción, concurrencia a la Escuela y Vacunación; habitantes por ocupación, oficio, profesión o empleo; habitantes por razas, propiedad, trabajo, nacionalidad, religión, defectos físicos y mentales. Como se mencionó anteriormente los datos faltantes sobre raza fueron extraídos del censo de 1912<sup>117</sup>.

Censo de 1936<sup>118</sup>: Se sistematizó la información encontrada en los siguientes cuadros: población urbana y rural del Departamento por municipios; población de los municipios clasificada por cabeceras y otras localidades pobladas; población por sexo, edad y estado civil; instrucción de la población, por edad, sexo y cabeceras de los municipios y otras localidades; nacionalidad, estado civil y sexo de los habitantes; distribución de la población por ramas de actividad económica, sexo y categoría dentro de cada rama de actividad.

c. Fuentes Sociodemográficas: Además de los datos anteriores encontramos necesario recurrir a los datos sobre distancia —del municipio a la capital del Departamento—, temperatura de cada municipio y datos relacionados con la producción cafetera.

Los datos sobre temperatura y distancia fueron recuperados de los censos de 1912 y 1918. Algunos datos faltantes fueron encontrados el siguiente texto: República de Colombia. Ministerio de Guerra. Estado Mayor General. *Distancias intermunicipales por Departamentos*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1930.

La información sobre la producción cafetera fue extraída del censo cafetero de 1932<sup>119</sup>. Se sistematizaron los siguientes datos: fanegadas cultivadas, número de fincas en cada municipio y total cafetos cultivados.

[24]

<sup>116</sup> República de Colombia. Departamento de Contraloría, *Censo de Población de la República de Colombia. Levantado el 14 de Octubre de 1918 y aprobado el 19 de Septiembre de 1921 por la Ley 8ª del mismo año*. Bogotá, Imprenta Nacional, Dirección General de Estadística, 1924.

<sup>117</sup> República de Colombia. Ministerio de Gobierno. *Censo General de la República de Colombia. Levantado el 5 de marzo de 1912. Presentado al Congreso en sus sesiones ordinarias de 1912 por el Ministro de Gobierno Doctor Pedro M. Carreño*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1912. Es necesario aclarar que en el Censo de 1912 sólo se produjeron estadísticas sobre los hombres.

<sup>118</sup> República de Colombia. Contraloría General de la República. *Censo General de Población. 5 de julio de 1938. Varios Tomos. Ordenado por la Ley 67 de 1917*. Bogotá. Imprenta Nacional. Estadística Nacional. Sección Censos Nacionales. 1940-1942.

<sup>119</sup> Federación Nacional de Cafeteros, “Censo cafetero de Colombia. Año de 1932” en *Boletín de información estadística sobre café*, febrero de 1933.